

Seguridad, higiene y economía: el diseño del espacio en la ciudad moderna

*Safety, Hygiene and Economy: The Design of Space in
the Modern City*

Bily López¹

Alejandra Rivera²

RESUMEN

En este texto trata de establecerse que todo espacio es una construcción en la que tienen lugar diferentes tipos de determinaciones históricas, culturales y políticas, posibilitadas por una ontología determinada. A partir de esta premisa, se realiza una exploración foucaultiana para mostrar cómo es que el diseño de las ciudades modernas obedece a fines específicos de disciplina y control sobre las poblaciones que las constituyen. En este sentido, a partir de una aproximación de corte genealógico, se propone que seguridad, higiene y economía han sido tres factores que han influido de manera fundamental en el diseño de espacios en las ciudades para producir formas específicas de control y dominio sobre las poblaciones.

Palabras clave: ciudad, espacio, seguridad, higiene, economía.

ABSTRACT

This text tries to establish that every space is a construction in which different types of historical, cultural and political determinations take place, made possible by a specific ontology. From this premise, a Foucaultian exploration is carried out to show how it is that the design of modern cities obeys a specific purpose of discipline and control over the populations that constitute them. In this sense, from a genealogical approach, it is proposed that safety, hygiene and economy have been three factors that have fundamentally influenced the design of spaces in cities to produce specific forms of control and dominance over populations.

Keywords: City, Space, Safety, Hygiene, Economy.

INTRODUCCIÓN

Uno de los más acuciantes problemas para las humanidades y las ciencias sociales, en la actualidad, es el problema del espacio. En efecto, a pesar de que desde la segunda mitad del siglo pasado han emergido diferentes formas de conceptualizarlo desde estas disciplinas, estas no han terminado de transformar contundentemente nuestras formas de comprenderlo. Por lo general, el espacio es concebido en su sentido más inmediato e ingenuo, es decir, como el lugar en

1 Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, ORCID iD: 0000-0002-5298-3104.

2 Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México, ORCID iD: 0000-0001-8007-3522.

el sentido de la extensión, como continente a ser llenado por contenidos; y, al concebirlo así, se hereda uno de los sentidos que, incluso para las ciencias de la naturaleza, resulta demasiado simplista.

El mayor problema de concebir de esta forma el espacio radica en que se le considera como algo neutro, como algo que está ahí, carente de determinaciones, de modo que suele creerse que el sentido de cualquier cosa que en él se ponga depende de un número limitado de condicionantes que nada tienen que ver con él. En este sentido, problemas relacionados con la violencia en sus diversas manifestaciones, la producción de formas de vida y subjetivación en las sociedades contemporáneas, la producción y administración de diferentes formas de dar muerte, así como diferentes tipos de crisis del medio ambiente en el mundo suelen tratarse desde perspectivas muy deficientes, puesto que no toman en cuenta que el espacio en el que se dan estos fenómenos no solo es un espacio neutro en el que acontecen, sino que es una construcción histórica y contingente que está operando activamente, de diferentes maneras, en la construcción y determinación de los problemas mismos.

Las líneas que se siguen a continuación son el resultado de una serie de discusiones en torno al espacio, tejidas al interior del seminario del Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica, adscrito al Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM. Una de las preocupaciones fundamentales en dicho seminario gira alrededor de las formas de producción y administración de la vida y la muerte en el mundo contemporáneo. En este sentido, la pregunta respecto al espacio ha cobrado una relevancia irrenunciable, en la medida en que estas producciones de vida y muerte no solo acontecen *en* algún lugar, sino que emergen *gracias a* ciertas formas de construcción espacial.

Llegados a este punto, cabe señalar que este texto realiza una problematización del concepto *espacio* en el que confluyen dos líneas de investigación. La primera de ellas trata de comprender a la ciudad como dispositivo biopolítico y, a partir de ello, investiga qué formas de subjetivación y qué formas de jerarquización de lo vivo acontecen al interior de lo que hoy comprendemos como ciudad. La segunda, busca de qué diferentes formas el lenguaje, considerado ontológicamente, incide en la construcción de espacios y territorios para desde ahí poder comprender diferentes formas de creación de subjetividades oprimidas y violentadas, así como diferentes formas de resistencias frente al ejercicio de diversos tipos de poder. De esta forma, el objetivo principal del texto es mostrar cómo el espacio es un concepto que va más allá del mero sentido del lugar, y cómo es que, en el diseño de las ciudades modernas, el espacio se ha construido a partir de ciertos ejes transversales, a saber, la seguridad, la higiene y la economía, que resultan ineludibles para comprender las formas de disciplina y control que se ejercen en las sociedades contemporáneas.

Sentado lo anterior, el texto, en primer lugar, problematiza el concepto de espacio para que pueda comprenderse por qué todo espacio es un espacio construido que va más allá del concepto de lugar; en segundo, muestra la importancia del diseño del espacio en las ciudades modernas, urdidas por el urbanismo y comprendidas como dispositivo biopolítico; y, en tercero, hace énfasis en el papel que ha jugado la seguridad, la higiene y la economía en dicho diseño.

EL ESPACIO

Todo espacio es un espacio de conflicto; y lo es no solo en sentido político, sino ontológico. No obstante, para poder afirmar lo anterior y comprender las repercusiones filosóficas de dicha afirmación, es necesario asumir en primera instancia que todo espacio es, también, un espacio construido.

Acaso haya sido Henri Lefebvre (2013) el primer pensador en el siglo pasado quien, desde el ámbito de las ciencias sociales e influido fuertemente por el marxismo, concibió al espacio como el resultado de una construcción social. Después de él, y de teóricos afines a su pensamiento —David Harvey (2013), Manuel Castells (1999) y Doreen Massey (2001)— hablar del espacio como un constructo se ha convertido casi en un lugar común y, no obstante, muy provechoso para diferentes tipos de análisis críticos. Estos autores han tratado de dejar de pensar al espacio solo como lugar, como espacio físico, neutro u objetivo, y sus análisis nos hacen caer en cuenta que todo espacio, en el sentido del lugar, no solo es un espacio en sentido físico, sino que también está compuesto por diferentes tipos de determinaciones sociales, históricas y culturales —entre otro tipo de componentes.

Sin embargo, el espacio no solo es un constructo en tanto que lugar que se define por el poblamiento de diferentes componentes teóricos, simbólicos, materiales o imaginarios, sino que su construcción es aún más radical que esto. Arturo Aguirre (2016) ha realizado algunas aproximaciones al espacio para concebirlo, ontológicamente, más allá de su mera concepción como extensión en el sentido del lugar; este tipo de aproximaciones siguen siendo necesarias para los análisis espaciales, pues es necesario notar que, cuando se habla de espacio en el sentido físico del lugar, se permanece cautivo de las determinaciones ópticas del fenómeno, sin poder ir más allá de ellas, obstaculizando con ello otros análisis más complejos.³

En este sentido, es preciso considerar que la constructividad radical del espacio tiene uno de sus primeros momentos en el lenguaje. En efecto, nada es si no se nombra. Las cosas advienen a la existencia en el lenguaje, y si no hay lenguaje no hay mundo. Kant (2009), pero, aún más radicalmente, Nietzsche (2003) y Heidegger (1999), fueron capaces de mostrar con contundencia que nada hay que no esté modelado, en principio, por la humana forma de la subjetividad. En este sentido, *lo que es* depende, en principio, del humano modo de ser. Entonces, debido a que uno de los rasgos fundamentales del ser del ser humano está en el lenguaje, es preciso admitir que todo aquello que es algo para los seres humanos lo es porque está constituido por el lenguaje. La palabra, como ha sabido advertir la poesía, no solo nombra o rotula los fenómenos previamente existentes, sino que los hace aparecer en su nombrar, los hace advenir a la existencia en el propio nombramiento.

Razón, la anterior, por la cual el espacio es en primer lugar un constructo lingüístico, pues se nombra, y cada una de las formas mediante las cuales es nombrado tienen diferentes repercusiones —así ocurre con el lugar, el territorio, el terreno, el medio y con otras formas de nombrar diferentes concepciones del espacio—. Al mismo tiempo, no solo es una construcción lingüística, es simultáneamente histórica. Para nadie es un secreto que todo lenguaje, en su

3 Al hacer la distinción entre lo óptico y lo ontológico, lo hacemos respetando el uso propuesto por Martin Heidegger (1999). En ella, lo óptico es lo que se muestra del fenómeno, sus cualidades a la vista o a la mano, y lo ontológico es aquello que pertenece a su ser, es decir, a las condiciones de posibilidad para que el fenómeno se muestre como tal fenómeno.

uso y en su desarrollo, tiene su propia historicidad que posibilita diferentes tipos de cambios al interior del mismo, tanto estructural como semánticamente hablando. Esto significa que las lenguas, a lo largo del tiempo, sufren diferentes tipos de cambios que posibilitan que las palabras truequen sus significados por otros. Dichos cambios pueden ocurrir involuntariamente, como cuando un grupo de personas se apropia de un uso de cierta palabra sin que tenga ningún fin estratégico; o bien, pueden obedecer a fines específicos seleccionados por hablantes, cuyos intereses están puestos en lograr algún tipo de efecto mediante un uso específico de un término. Ejemplos de lo anterior se encuentran por todas partes. Cuando se habla de *inválidos*, *discapacitados* o *personas con capacidades diferentes* se podría pensar ingenuamente, desde un tipo muy simplificado de empirismo, que se están utilizando palabras diferentes para nombrar un mismo fenómeno; lo mismo ocurre cuando se habla de *vagabundos*, *mendigos* o *personas en situación de calle*; en ambos casos, no se nombra un mismo fenómeno con palabras diferentes, sino que se hace aparecer fenómenos diferentes con fines diversos, buscando incidir en la comprensión que se tiene del fenómeno que se nombra con dichos términos.

En este sentido, y como el significado de toda palabra nunca está completamente saturado, sino que tiene un permanente espacio de iterabilidad que posibilita su apropiación en diferentes contextos y con fines específicos (Derrida, 2018), todo fenómeno que es nombrado es un fenómeno susceptible de ser renombrado, de tal forma que, en ese nombrarse, hay diferentes series de significados que están pugando por hacerse manifiestos.

Que el espacio sea construido lingüística e históricamente significa también que dicha construcción es contingente, cambiante y que está en permanente proceso de disputa por las series de sentidos que arrastran las palabras con las que lo nombramos, se haga o no con fines estratégicos. Considerando lo dicho hasta aquí, es que, ontológicamente hablando, se asevera que todo espacio—sea un espacio físico, mental, imaginario, interior o de cualquier índole—es un espacio de conflicto. Que estos conflictos puedan ser manifestados y aprehendidos material, simbólica, política o culturalmente no es sino resultado de esta primera determinación *ontolingüística*.

LA CIUDAD, DISPOSITIVO BIOPOLÍTICO

Con base en las líneas anteriores, es relativamente fácil adivinar que la ciudad no solo es un lugar que contiene dentro de sí cierto tipo de edificaciones, tecnologías, personas y actividades, sino que se trata de un espacio complejo construido históricamente, cuyos sentidos han variado a lo largo del tiempo.

En tal sentido, en principio, se podría señalar que la ciudad es simultáneamente una construcción que opera en el espacio, lo conforma, le da un orden determinado. Esto remite al estudio geográfico de la ciudad, o quizás al análisis de sus conformaciones arquitectónicas; y aunque dicha determinación es sugerente, de inmediato se presenta la idea de que las ciudades no están solamente determinadas por su localización en una cierta geografía y que tampoco están conformadas únicamente por edificios, casas, calles o avenidas, pues esos espacios son en última instancia habitados por personas, y la forma de habitar el espacio no es arbitraria, sino que es el resultado de determinados ordenamientos que simultáneamente estructuran el espacio y administran el flujo de la gente, los lugares donde se habrán de colocar viviendas, escuelas, comercios, parques, hospitales, aeropuertos, industrias, cementerios, etcétera.

Siempre han existido distintos tipos de urbes, muchas de ellas construidas sobre las ruinas y los basamentos de ciudades anteriores. Piedra sobre piedra, las ciudades se han fundado a las orillas de los ríos, en las costas y en las llanuras, en medio de zonas boscosas y también desérticas, incluso alguna se fundó sobre un lago. La ciudad, en tanto forma de asentamiento humano, es una construcción —o, mejor aún, un conjunto de construcciones no solamente arquitectónicas, sino también jurídicas, políticas, sociales, entre otros— que conglera personas en un espacio determinado. Sin embargo, no es tanto el modo de conglomeración lo que opera en la constitución de la ciudad, sino antes bien la forma en la que han de darse los flujos dentro de ella.

Atendiendo a lo anterior, los flujos que acontecen en las ciudades, en sus estructuras —ya sean tangibles o intangibles—, en sus actividades y sus habitantes, no pueden ser pensados al margen de lo que Michel Foucault conceptualizó como poder, o, mejor aún, como poderes (2010, pp. 893), pues el conflicto que constituye a todo espacio es, sin duda, un conflicto entre diferentes formas de ejercicio de poder. El mismo Foucault determina que anatomopolítica y biopolítica son dos tecnologías de poder que modelan los cuerpos y las conductas de diferentes formas de subjetividades, la primera actuando bajo la forma de la disciplina sobre los cuerpos de los individuos, y la segunda, actuando mediante el control sobre el cuerpo de las poblaciones.

En esa línea, es también el filósofo francés quien advierte que la ciudad tiene un vínculo privilegiado con estas formas de ejercicio de poder sobre la vida, en la medida en que el biopoder y la biopolítica se encargan de hacer relevantes, para el ejercicio de sus poderes, temas relacionados con la especie humana en tanto seres vivientes, sus modos de existencia, sus medios de subsistencia, asuntos relacionados con su salud, su natalidad, su mortalidad y, en general, con todo lo que tiene que ver con la vida de los seres humanos en tanto población (Foucault, 2014, pp. 221-222). La ciudad sería, en este sentido —en tanto espacio socialmente construido y atravesado por distintos discursos que la constituyen como dispositivo— el ámbito fundamental para la materialización e, incluso, la maximización de aquellos ejercicios de poder que inciden sobre la administración de la vida en su sentido más amplio.

La ciudad no puede entenderse, entonces, como un escenario neutro en el que acontece la operación biopolítica; en todo caso, la ciudad requiere ser comprendida como un dispositivo biopolítico de carácter central, diseñado para propiciar ciertas formas de vida a la vez que excluir otras, configurado de manera tal, que es capaz de producir tipos de sujeción y subjetivación múltiples, masificados y variados. En vista de lo cual, la ciudad se traduce como dispositivo que comprende un universo de relaciones conformado espacial y arquitectónicamente, a la vez que es un territorio ordenado por leyes y edictos: la disciplina, la soberanía y la seguridad se materializan en la ciudad en tanto espacio conformado, y en tanto dispositivo es que a su vez configura formas de subjetivación, pues la ciudad puede y debe adquirir funciones económicas, morales, administrativas, etcétera.

Si lo anterior es acertado, no es de extrañar que el urbanismo haya comenzado a hacerse visible como disciplina a finales del siglo XIX (Gravagnuolo, 2009), pues sería, justamente, uno de los operadores fundamentales en el ejercicio de esas tecnologías de poder descritas por Foucault, cuya emergencia se ubica entre los siglos XVII y XVIII. En el urbanismo como disciplina se conjugaría, en efecto, la construcción del espacio, así como la experiencia

que de él tienen los individuos contruidos como ciudadanos. Toda forma arquitectónica y urbanística de las ciudades modernas develaría, así, una forma disciplinaria o de control específica. Es por esta razón por la que vale la pena hacer un recuento mínimo de cómo el trazo urbanístico modificó o rediseñó algunas de las ciudades europeas más importantes, pues a través de esos trazos, de sus motivaciones y sus resultados, se puede desentrañar genealógicamente el diseño biopolítico de las ciudades como dispositivos.

El urbanismo en Europa, en un comienzo muy asimilado a los planteamientos de la arquitectura, se gestó como un movimiento ordenador de flujos. Si bien es cierto que en libros y tratados sobre urbanismo se consigna a Pericles, a Hipodamo de Mileto, a Marco Vitruvio y a Leonardo Da Vinci como los primeros proyectistas urbanos, es preciso afirmar que la emergencia y consolidación de la nueva disciplina urbanística comenzó a discutirse ampliamente en un contexto en el que se exigía un carácter universal a la organización y distribución de los espacios en las ciudades.

Por efectos de la Revolución Industrial, a mediados del siglo XIX, Europa experimentó un proceso de transformación de los espacios públicos. París, Londres, Barcelona, entre otras urbes, iniciaron planes para la ampliación y el reordenamiento de sus ciudades. Es así como en 1852, por encargo de Napoleón III, Haussmann desarrolló una propuesta de amplificación de las calles y avenidas principales de París, cuyo propósito central era:

asegurarse contra la eventualidad de una guerra civil. Quería hacer imposible para siempre la construcción de barricadas en las calles de París [...] Haussmann buscaba prevenirlos de dos maneras. La longitud de las calles hará imposible su construcción, y nuevas vías enlazarán en línea recta los cuarteles con los barrios obreros. Los coetáneos bautizarán su empresa: 'El embellecimiento estratégico' (Benjamin, 2007, p. 60).

Por otra parte, en Londres, el proyecto a cargo de Joseph William Bazalgette consistió en crear redes de alcantarillado para tratar de combatir la epidemia de cólera que azotó recurrentemente a la ciudad inglesa a mediados del siglo XIX. Aunado a ello, en 1858 ocurrió la "Gran Pestilencia de Londres" causada por una ola de calor, la cual hizo que el río Thames expidiera un insoportable olor debido a que allí iban a parar las aguas negras de la ciudad. Con los eventos acaecidos, en 1874, Sir Joseph Bazalgette construyó una red de drenaje que conducía las aguas residuales hacia estaciones de tratamiento, lejos del cauce del río (Winn, 2007). El proyecto tuvo buenos efectos en el control de la epidemia de cólera y en la progresiva disipación del aroma pestilente en las orillas del río londinense.

Siguiendo con Barcelona, el proceso de amplificación de la ciudad estuvo en manos de Ildefonso Cerdà. El Plan de Ensanche fue aprobado en 1859 y su propósito fundamental era hacer crecer de forma organizada la ciudad de Barcelona, respetando su centralidad, pero acrecentando el espacio bajo la idea del orden geométrico (Grau, 2009). Los urbanistas contemporáneos y los biógrafos de Cerdà consideran que la propuesta de ensanchamiento respondió simultáneamente a la apremiante necesidad de reordenar el espacio de una ciudad que densificaba su población, pero, al mismo tiempo, su perspectiva ofrecía algo más allá de la pura solución a una demanda de expansión, su proyecto pretendía ser el fundamento mismo de una nueva forma de proyección del espacio, racional y científica, que incluía en sus cálculos a la población.

Vale la pena señalar, además, que el trabajo de Cerdà es reconocido como una perspectiva positivista fundante para el urbanismo. Cerdà señaló en distintos momentos su intención de inaugurar una perspectiva científica y de alcances universales en la planeación de los espacios urbanos. Cabe decir que, desde su punto de vista, la ciudad puede entenderse a la manera de un organismo:

Cada urbe constituye una entidad colectiva, con existencia suya propia, independiente y automática, unida solo a la gran vida de la humanidad, por medio de las vías [sic] trascendentales que recogen y transmiten la vitalidad urbana al sistema viario universal, o bien recogiendo y transmitiendo desde esta a la urbe el movimiento que le viene de los demás puntos de la actividad social del universo. A parte [sic] de ese movimiento ascendente y descendente, que corresponde a esos mismos movimientos que en el mundo vegetal son la vida de las plantas, en todo lo demás la vida interior de cada urbe funciona por medio de su organismo propio que constituye su individualidad. Mas ese organismo, con ser compuesto de elementos esencialmente iguales, difiere en cada urbe con una variedad pasmosa (Cerdà, 1867, p. 681).

La perspectiva de Cerdà resulta interesante en la medida en la que es considerada por los estudiosos contemporáneos como fundador del urbanismo moderno, y sirvió como referente para que el urbanismo intentara colocarse como un saber científico, con su propio objeto de estudio y con sus propios métodos. También es preciso observar que su propuesta de expansión trataba de integrar perspectivas comerciales, políticas y sanitarias, aplicadas en la forma y disposición de las zonas habitacionales, en la localización de fábricas y comercios, en la distribución de espacios públicos en lugares estratégicos y en la conformación de vías de comunicación amplias, predispuestas para la futura introducción de máquinas de transporte.

Ahora bien, más allá de examinar cada uno de estos casos en sus particularidades, corresponde en este texto preguntar cuáles podrían haber sido las condiciones que suscitaron esta especie de movimiento global en torno a la reconfiguración de los espacios, y por qué este movimiento dio pie a que se generara un discurso específico en torno a la ciudad, llamado urbanismo. Si se presta atención, seguridad, higiene y economía son tres conceptos fundamentales que subyacen como justificación a cada proyecto de modificación. Desde el punto de vista de una genealogía de la ciudad moderna, estos conceptos constituyen tres hilos conductores a partir de los cuales se puede comprender a la ciudad moderna como un dispositivo biopolítico que busca disciplinar y controlar los movimientos de poblaciones enteras que habitan las ciudades.

En lo que sigue, centraremos la atención en dichos conceptos para mostrar cómo se posicionaron como elementos definitorios en el diseño de las ciudades.

SEGURIDAD Y EMBELLECIMIENTO ESTRATÉGICO DE LA CIUDAD

Resulta evidente que los procesos bélicos fueron determinantes para la recomposición de las ciudades europeas —Francia, Inglaterra y España venían experimentando guerras civiles y ocupaciones antes de sus respectivas reconfiguraciones—. Aunque las situaciones bélicas no eran fenómenos nuevos para aquellas ciudades, es de cualquier forma relevante observar que las constantes revueltas y levantamientos fueron un factor detonante para la reorganización estratégica de los espacios. No obstante, aun cuando se puede admitir que el factor bélico fue un elemento concomitante para el desarrollo del discurso del urbanismo, la amenaza de hostilidad entre naciones no constituyó

propia una de las directrices primordiales del diseño espacial de las urbes modernas, ello podría asumirse en tanto que la ciudad amurallada no fue un modelo decisivo para la conformación de las nuevas ciudades; fue antes bien la posibilidad de amenazas internas —como consecuencia lógica de la inestabilidad en el espacio interior de las ciudades en las que confluían distintas clases sociales— el factor que condujo al nuevo urbanismo a recomponer el espacio de la ciudad; sirva de ejemplo observar particularmente la propuesta de Haussmann.

En el *Libro de los pasajes*, una nota de J. J. Honegger con respecto a la haussmannización de París pone de manifiesto que “las obras públicas de Haussmann son la representación por completo adecuada, enclaustrada en una eternidad masiva, de los principios del gobierno absoluto imperial: represión de toda articulación individual, de todo desarrollo autónomo orgánico” (Benjamin, 2007, p. 149). Así pues, la nueva estructura de la ciudad tomó dentro de sus cálculos la amenaza de una revuelta interna; dicha amenaza tenía que ser atajada desde la estructuración misma del espacio. Por consiguiente, las calles debían permitir el despliegue estratégico de fuerzas de contención que impusieran el orden, pero incluso antes de que la revuelta interna ocurriera, el espacio mismo debía inhibir la necesidad de revuelta. ¿Cómo podría inhibirse una rebelión a través del espacio? Justamente, el embellecimiento estratégico del espacio supone una operación estética que, se puede decir, conjura las condiciones espaciales que remiten a la sensación de opresión en las calles.

La configuración de calles amplias, bien trazadas y adecuadamente iluminadas remite a la sensación de seguridad y de orden dentro de la ciudad moderna. Entre los contrastes del acero, el concreto y el cristal, las construcciones de la nueva ciudad parisina introdujeron, además, la iluminación eléctrica como un artificio estetizante. De acuerdo con las notas de Benjamin, la primera iluminación eléctrica urbana de París se instaló en 1857, en el Museo de Louvre (2007, p. 577). La luz eléctrica garantizaba ventajas con respecto a las viejas lámparas de aceite y de gas, pues con ella se dejaba atrás la necesidad de usar combustibles y antorchas, cuyo uso representaba peligros y riesgos; en comparación con otros métodos, la luz eléctrica era más segura, más duradera y tenía mejores efectos estéticos en la iluminación de comercios y calles.

Quizás la estrategia más audaz de la propuesta urbanística de Haussmann consistió en hacer de la seguridad una experiencia —o, mejor, una necesidad— estética, pero sería insuficiente tratar de reducir la seguridad a la pura adecuación de las calles en la ciudad. La operación de los dispositivos de seguridad en la ciudad ocurre como resultado de un movimiento conjunto, que hace entrar en acción diferentes discursos en direcciones convergentes. No se debe pasar por alto, por ejemplo, la necesidad de edictos y reformas a la ley que tuvieron que ocurrir para que el proyecto de Haussmann pudiera concretarse. El plan se materializó, en buena medida, porque fue posible actuar jurídicamente para despojar a los habitantes de las casas que se encontraban en medio del nuevo trazo urbano, la ley de expropiaciones se conjugó como parte de una estrategia reordenadora de la nueva urbe. Por otro lado, el progresivo efecto comercial del aumento de las rentas en la zona central hizo que los antiguos pobladores tuvieran que abandonar sus lugares de residencia, dando lugar a que la nueva clase burguesa se apropiara de la parte céntrica de París, ello jugó, además, como un factor concomitante para la reconfiguración social del centro y las periferias (Quijano, 2011).

A decir de Foucault, las funciones propias de la ciudad en el siglo XVIII son la higiene, el comercio, la articulación de calles para la circulación de mercancías sin demérito del control aduanero y, por supuesto, la vigilancia interna que comenzaba a sentirse como apremiante debido a la afluencia de sujetos que parecían amenazantes, sobre todo para los ojos de la clase burguesa que dominaba ya, para aquel momento, las ciudades capitales. En específico, Foucault dice lo siguiente respecto a la seguridad en la ciudad:

La disciplina trabaja en un espacio vacío, artificial, que va a construirse por entero. La seguridad, por su parte, se apoyará en una serie de datos materiales. Va a trabajar, desde luego, con el emplazamiento, con los desagües, con las islas, con el aire, etcétera. Trabajará, por lo tanto, sobre un dato. [Segundo,] no se trata de que la seguridad reconstruya ese dato de tal manera que sea dable esperar un punto de perfección como en una ciudad disciplinaria. Se trata simplemente de maximizar los elementos positivos, que se circule lo mejor posible, y minimizar, al contrario, los aspectos riesgosos e inconvenientes como el robo, las enfermedades, sin desconocer, por supuesto, que jamás se los suprimirá del todo. Por lo tanto, se trabaja no solo sobre los datos naturales sino también sobre las cantidades que son reducibles, pero nunca por completo. Como jamás se les puede anular, se trabajará sobre posibilidades. Tercero, en esos ordenamientos de las ciudades se intentará organizar elementos que se justifican por su polifuncionalidad (2014, pp. 38-39).

De todo ello se colige que la ciudad moderna posee un carácter abierto a la circulación; sus calles deben cumplir ahora múltiples funciones en términos de movimiento, pues deben dejar pasar más personas en nuevos medios de locomoción, las grandes avenidas deben diseccionar el espacio para permitir movimientos estratégicos en caso de que sea necesario, también deben permitir el rápido tránsito de las mercancías hacia nuevas rutas comerciales, a la vez que deben propiciar la libre circulación del aire para evitar la acumulación de miasmas y suciedad. Foucault (2014) afirma que el carácter de la ciudad moderna no es estático, y que tendrá que estar abierta “hacia un porvenir no controlado ni controlable, no exactamente medible ni mesurable; el buen ordenamiento de la ciudad será justamente eso: tener en cuenta lo que puede pasar” (p. 39). La seguridad en la ciudad moderna puede ser entendida ya no solamente como una serie de medidas restrictivas y punitivas, sino más bien como la gestión, o si se prefiere, la administración estratégica de series abiertas que “solo pueden controlarse mediante un cálculo de probabilidades” (Foucault, 2014, p. 40).

Se puede concluir que la seguridad fue un elemento central para la constitución de la ciudad moderna y que, para hacerla efectiva, el poder soberano configuró una serie de dispositivos que trabajan simultáneamente sobre el espacio y sobre los individuos, pero, sobre todo, que dichos dispositivos fueron implementados para tratar con lo múltiple y lo aleatorio. Seguridad, vigilancia y disciplina deben entenderse en conjunto con la ciudad, pues confluyen en las técnicas de normalización que, finalmente, forman parte de una estrategia calculada por una nueva forma de racionalidad del poder soberano para administrar los flujos de manera más efectiva.

LA CIUDAD HIGIENIZADA

Asociado a las formas de las calles y avenidas, en el apartado anterior se estableció que el discurso urbanístico moderno se apropió de la idea de movimiento en las calles para propiciar ciertos modos de circulación: de personas, automóviles y mercancías, incluso circulación del aire para evitar la concentración de miasmas y olores fétidos.

Si se les considera en conjunto, tanto el proyecto urbanístico de París, el de Londres y el de Barcelona reflejan, de una manera u otra, la preocupación de los Estados por incidir efectivamente en la higiene y la salubridad de los espacios públicos. ¿Qué fue lo que condujo a esta nueva forma de gubernamentalidad a ocuparse de la salud de la población?

De nueva cuenta, las anotaciones de Foucault al respecto orientan en el cabal entendimiento de la perspectiva higienista en lo relativo al proceso de urbanización. En *Seguridad, territorio, población*, el autor advierte, a propósito del despliegue de elementos aleatorios que serán administrados en la ciudad, que estos se despliegan en un medio. La noción de medio es importante para comprender cómo es que determinadas políticas higienistas se implementan en las nuevas ciudades. Foucault, primero, la presenta como una categoría que cobra importancia para el discurso de la biología, pero después demuestra cómo la noción de medio permite formas específicas de actuar sobre el espacio.

El medio es, por supuesto, una noción que en biología recién aparece con Lamarck. El concepto, en cambio, ya existe en física, y Newton y los newtonianos lo habían utilizado. ¿Qué es el medio? Es lo necesario para explicar la acción a distancia de un cuerpo sobre otro. Se trata, por lo tanto, del soporte y el elemento de circulación de una acción. Es un conjunto de datos naturales, ríos, pantanos, colinas, y un conjunto de datos artificiales, aglomeración de individuos, aglomeración de casas, etcétera. El medio es una cantidad de efectos masivos que afectan a quienes residen en él. Es un elemento en cuyo interior se produce un cierre circular de los efectos y las causas, porque lo que es efecto de un lado se convertirá en causa de otro lado (Foucault, 2014, p. 41).

Foucault (2014) apunta que fue la labor de Darwin la que hizo aparecer la relación entre medio y organismo a través de la intermediación de la población, y no pasa por alto el hecho de que esta noción —población— está implicada también en los tránsitos de otros discursos.

Considerando ahora la población, en la modernidad aparece como un “correlato de poder y objeto de saber” (Foucault, 2014, p. 108) y por ello es que resulta posible admitir que la forma de gubernamentalidad, perfilada desde mediados del siglo XIX, trataría de incidir efectivamente sobre el cuerpo de la población, entendida esta como el conjunto de individuos de la especie que habita en un territorio a gobernar. Ese territorio a gobernar, ese medio en el que la especie humana puede habitar mejor, de forma menos riesgosa, y en el que puede multiplicarse de manera más efectiva y mejor controlada, es precisamente la ciudad.

Durante los periodos previos, las ciudades europeas fueron fuertemente azotadas por grandes epidemias. Los padecimientos, hoy conocidos como enfermedades infecto-contagiosas, constituyeron un flagelo constante para buena parte de las comunidades urbanas asentadas en el viejo continente. El cólera, la tifoidea, la peste bubónica, la viruela, la tuberculosis, la sífilis, la malaria y la fiebre amarilla, solo por mencionar algunas, fueron epidemias que se extendieron a un ritmo acelerado debido, entre otros factores, a los intercambios comerciales entre países que importaban mercancías desde otros continentes; por otra parte, las condiciones insalubres y el hacinamiento de las ciudades amuralladas agravaban la situación y propiciaban la rápida propagación de ciertas enfermedades.

Si bien el saber médico se ocupó durante cientos de años de los padecimientos que aquejaban a los parroquianos de aquellos lares, las perspectivas médicas

predominantes —fundadas sobre la teoría de los humores, por una parte, y la teoría miasmática, por otra— no fueron necesariamente las que dieron lugar a un movimiento masivo para la administración de la salud, ni para la prevención de la enfermedad en las pujantes ciudades modernas.

En ese aspecto, Londres constituye un caso paradigmático para la comprensión de las implicaciones salubristas en la planeación y el desarrollo de las nuevas urbes. Sin la intención de obviar los avances logrados por algunos precursores de la microbiología en países como Holanda, Francia, Alemania o, incluso, Inglaterra, se puede afirmar que un elemento constitutivo para la materialización de la ciudad en términos higienistas, se le debe atribuir a John Snow.

Tal como se señaló líneas arriba, a mediados del siglo XIX la ciudad de Londres sufrió una merma en sus pobladores debido a las recurrentes epidemias de cólera; particularmente debemos tener presente el gran brote de cólera ocurrido durante 1854. Para aquel entonces, John Snow —médico cirujano residente del *Soho*— ya había desarrollado una hipótesis sobre las vías de contagio del cólera; sus supuestos iban a contrapelo de las consideraciones médicas de la época, particularmente, en oposición a las perspectivas contagionista y miasmática, esta última planteaba que el contagio de la enfermedad se debía a emanaciones y vapores mórbidos en el ambiente.⁴ En cambio, Snow propuso que la infección del cólera debía ser causada por la ingesta de alguna clase de *materia mórbida* que se encontraba en el agua y, aunque en un principio sus supuestos fueron rechazados por el estamento médico, durante el brote de 1854 John Snow tuvo oportunidad de llevar a cabo un estudio puntual del fenómeno. El suministro de agua de Londres se encontraba a cargo de dos compañías que a su vez se abastecían del agua del río Thames, sin embargo, una de ellas trasladó sus instalaciones río arriba en 1853. Sabiendo esto, Snow llevó a cabo un registro de los casos de cólera en aquel brote y elaboró un seguimiento de ellos a través de un mapa, demostrando que la mayor tasa de mortalidad por cólera se relacionaba con los hogares que recibían suministro por parte del *Southwark and Vauxhall Water Company* (Cerde y Valdivia, 2007, p. 333); justamente se trataba de la compañía que había mantenido sus instalaciones en la desembocadura de las aguas negras del Thames. No mucho después, Snow pudo corroborar de manera más contundente su hipótesis:

A principios de septiembre de 1854, un pequeño sector de Londres llamado *Golden Square* fue escenario de un brote epidémico de cólera de inusual intensidad, costando la vida a cerca de 500 personas en tan solo 10 días. Como vecino del área, Snow sabía que la mayoría de los residentes del sector extraían el agua a partir de una bomba de uso público ubicada en *Broad Street*. Fiel a su hipótesis inicial, Snow planteó que el severo brote de cólera en *Golden Square* se debía a la ingestión de aguas contaminadas provenientes de esta bomba y se propuso, firmemente, demostrarlo. Para ello, tomó muestras de agua de la bomba de *Broad Street* y de otras cuatro bombas aledañas, comparando su aspecto macroscópico y microscópico. Encontró que el agua de la bomba de *Broad Street* tenía un aspecto más claro que las demás, sin embargo, vecinos del sector le informaron que el día anterior, sus aguas habían presentado un mal olor (Cerde y Valdivia, 2007, p. 334).

4 Esta teoría “postulaba que ciertas condiciones atmosféricas, en especial los vientos, transmitían de un lugar a otro los ‘miasmas’: vapores tóxicos emitidos por materia en descomposición, los cuales ‘transportaban’ de un lugar a otro el cólera. Snow no adhería a ninguna de estas teorías, en especial la teoría miasmática” (Cerde y Valdivia, 2007, p. 332).

Snow se dio a la tarea de demostrar que la bomba de *Broad Street* se encontraba contaminada, así que tomó los registros de defunción de las personas fallecidas, midió la distancia de sus casas con respecto a la bomba y mostró matemáticamente que la mayor parte de los difuntos habían bebido agua de esta fuente. Al poco tiempo la bomba fue clausurada y, posteriormente, se encontró que muy cerca de ella corría una tubería del alcantarillado. Aun cuando este caso no fue del todo trascendente para la reconfiguración urbana, en su método, en la forma en la que se construyeron datos y en la constatación de casos y evidencias, opera una función particular en torno a la configuración de la ciudad y el flujo de las enfermedades dentro de ella pues, a partir de un estudio estadístico, Snow logró fundamentar un argumento capaz de convencer a las autoridades sanitarias de la necesidad de clausurar una toma de agua. Si bien es cierto que fue hasta 1874 que la organización urbana de Londres contempló la necesidad de reordenar la red de alcantarillado a través del proyecto a cargo de Joseph William Bazalgette, también es posible admitir que la perspectiva sanitarista en esta ciudad se logró asentar a través de los desarrollos de esta incipiente epidemiología.

Así, las ciudades modernas poco a poco fueron cambiando de forma a través de una lógica que iba incorporando, de manera implícita o explícita, los desarrollos científicos de la época. Ya sea a través de la hipótesis de los miasmas, que se concentran en los espacios cerrados, o a partir de la intuición de que el agua es vehículo de materia mórbida, el urbanismo —en tanto discurso que busca fundamentarse como un saber racional y científico alrededor de la organización de la ciudad— asumió una serie de tareas que tenían que ver, sobre todo, con la configuración de un medio adecuado para una especie particular: la especie humana. Sin dar la espalda al discurso médico higienista, a los estudios epidemiológicos, a la demografía y a la asimilación de la industrialización, como la nueva forma de producción que llevaba emparejada consigo nuevas formas de enfermar y de morir, el urbanismo moderno integró una serie de estrategias que configuran el espacio y sus flujos, incluso el curso de las enfermedades y de la salud.

CIRCULACIÓN ECONÓMICA

El último de los elementos a analizar es el papel que jugó el aspecto económico en el trazo urbanístico de las ciudades modernas. Líneas arriba se ha mencionado de varias maneras que la amplitud de las calles, los caminos directos y las vías intercomunicadas en la remodelación de las ciudades de las que se ha hablado tuvieron como finalidad favorecer la circulación en diferentes sentidos.

Para Foucault, la ciudad, ya desde el siglo xvii, se caracterizaba por una especificidad jurídica y administrativa que la distinguía de otros espacios; al interior de sus murallas confluían flujos económicos y sociales bastante heterogéneos. Esos elementos suscitaron, a la postre, problemáticas complejas de resolver para los nacientes Estados administrativos. Por otra parte, el crecimiento del comercio, la necesidad de intercambios económicos con el entorno y el aumento demográfico de la población urbana durante el siglo xviii hicieron que el encierro dentro de las ciudades se presentara como una limitación. En otros términos, “la cuestión pasa por ese desenclave espacial, jurídico, administrativo y económico de la ciudad; de eso se trata en el siglo xviii: resituar la ciudad en un espacio de circulación” (Foucault, 2014, p. 29).

El advenimiento de lo que Foucault ha llamado gubernamentalidad resulta

imprescindible para comprender cómo, en el siglo XVIII, diferentes técnicas de gobierno aparecieron para ocuparse de la vida de las poblaciones. Dentro de estas técnicas, la policía ocupa un papel destacado. Se alude, por supuesto, a la policía en un sentido en el que nos es ajeno en las sociedades contemporáneas, pues se habla de ella como “el conjunto de los medios a través de los cuales se pueden incrementar las fuerzas del Estado a la vez que se mantiene el buen orden de este” (2014, p. 357). Se trata de un ejercicio, de una estructura, de un arte de gobernar cuya finalidad no solo es la conservación de la vida, sino su sostenimiento eficaz, la obtención de sus bondades, en resumen, se trata de bienestar. Lo interesante de esta concepción de la policía se encuentra en que sus objetos son “la tranquilidad, el cuidado de los edificios, las ciencias y las artes liberales, el comercio, las manufacturas y las artes mecánicas, los domésticos y peones” (2014, p. 382), es decir, se ocupa de la optimización de las calles, las plazas, los edificios, el mercado, el comercio y las manufacturas en general, para poder obtener sus beneficios. Si se observa con atención, puede advertirse que, en suma, “se trata en esencia de objetos que podrían calificarse de urbanos” (2014, p. 382).

En efecto, el pensador francés advierte: uno, que todos estos son problemas constitutivos de la ciudad, y dos, que

los problemas de que se ocupa la policía también son los relacionados, digamos, con el mercado, la compra y la venta, el intercambio, igualmente próximos a los problemas de la ciudad. Es la reglamentación del modo como se pueden y se deben poner en venta las cosas, a qué precio, cómo, en qué momento [...] En síntesis, se trata de todo el problema del intercambio, la fabricación, la distribución y la puesta en circulación de las mercancías (Foucault, 2014, p. 383).

Esta relación entre ciudad, gubernamentalidad, población y circulación de las mercancías, que en un primer momento Foucault identifica con el mercantilismo, se vuelve aún más estrecha y explícita en su pensamiento, en un curso posterior que ahora conocemos como *Nacimiento de la biopolítica* (2012), dedicado en su totalidad a comprender “qué es ese régimen gubernamental denominado liberalismo” (p. 41), pues el pensador francés tiene la convicción de que, si lo comprendemos, se podrá captar qué es la biopolítica.

Lo dicho hasta aquí se relaciona con facilidad con lo tratado en los apartados anteriores en el sentido de que el trazo urbano de las ciudades modernas favoreció la circulación —del ejército, de las aguas o de las mercancías—. Tanto en los casos de París como de Londres, se mencionó tangencialmente el sentido económico de sus modificaciones, sin embargo, acaso Barcelona sea un mejor ejemplo para mostrar esto.

Mucho se ha hablado del impulso científico del plan de Cerdá para la expansión de Barcelona, no obstante, hay también quienes han llamado la atención sobre el tipo de demandas económicas que tenía la ciudad en el momento de diseñar el plan, pues, por una parte, claro, se trataba de satisfacer los derechos de las personas, pero no se podía obviar que también había que satisfacer “las demandas de una economía que está pensada, sobre todo, como comercio, como tráfico de objetos” (Grau, 2009, p. 49). En este sentido, la expansión de la ciudad a partir del centro, con base en avenidas largas que demarcan manzanas regulares, facilita la circulación de las mercancías y el comercio, al tiempo que permite seccionar la ciudad de manera muy clara de acuerdo con los intereses que se tengan para cada área. Por otra parte:

la homogeneidad del trazado del Eixample permitía limar las diferencias de posición de los propietarios de los solares favorecidos por el ensanchamiento de la ciudad, establecer unas reglas universales para la reparcelación y distribuir entre todos los interesados la carga de la imprescindible cesión gratuita de terrenos para construir las vías urbanas y los demás espacios públicos (Grau, 2009, p. 51).

A este respecto, quienes llaman la atención sobre este tipo de elementos, afirman también que, “Para comprender a Cerdà hay que recuperar aquel espíritu de un capitalismo en expansión, lo suficientemente inteligente como para autocorregirse y evitar así la oleada destructora de la revolución de los oprimidos” (2009, p. 52). Esta propiedad autocorrectiva, por supuesto, se puede apreciar en los posteriores desarrollos del plan de expansión que, aunque en ocasiones contravienen el plan original, no dejan de tener efectos económicos posibilitados por el trazo mismo de la ciudad, como en el caso del tipo de viviendas y el uso del suelo que se le puede otorgar a las construcciones más céntricas.

Resulta difícil concebir que, en el diseño urbano posterior a los casos que aquí se han tomado como ejemplos, no se tomen en cuenta diferentes tipos de flujos económicos para el establecimiento de zonas de vivienda, vías de comunicación, hospitales, centros comerciales, zonas productivas, de recreación, etcétera.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de este texto se han querido mostrar dos cosas. En primer lugar, que el espacio es siempre un espacio de conflicto, en la medida en la que es una construcción en sentido ontológico en la que siempre se disputan diferentes formas de sentido. Gracias a ello es posible concebir diferentes formas de construcción espacial, tanto histórica, política, cultural o simbólicamente. En segundo lugar, se ha querido mostrar que la ciudad es más que un espacio poblado por edificios, caminos y personas; y que se trata de una forma específica de producción espacial en la que se ponen en juego diferentes formas de ejercicio de poder, a través de los cuales se controla y disciplina a las poblaciones que las constituyen. Para llevar a cabo ese control y esa disciplina, el diseño de las ciudades modernas ha tomado en cuenta tres factores fundamentales, a saber, la seguridad, la higiene y la economía. Si bien estos conceptos pueden pensarse en sentido positivo, es decir, como algo favorable para la vida de los seres humanos, el rastreo que de ellos se ha hecho en este texto permite mostrar cómo, en el diseño de las ciudades, no han hecho sino contribuir a diferentes formas de dominación y ejercicios de poder que recaen sobre el cuerpo de los individuos, así como sobre poblaciones enteras.

REFERENCIAS

- Aguirre, Arturo (2016). *Nuestro espacio doliente. Reiteraciones para pensar en el México contemporáneo*. Ciudad de México: Afinita Editorial.
- Benjamin, W. (2007). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Castells, M. (1999). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Volumen 1: La sociedad red*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Cerdà, I. (1867). *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*. Madrid: Torija. Recuperado de <http://www.anycerda.org/web/es/arxiu-cerda/fitxa/teoria-general-de-la-urbanizacion/115>
- Cerda, Jaime y Valdivia, Gonzalo (2007). John Snow, la epidemia del cólera y el nacimiento

- de la epidemiología moderna. *Revista chilena de infectología*, 24(4), pp. 331-334. Recuperado de https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-10182007000400014
- Derrida, J. (2018). Firma, acontecimiento, contexto. *Márgenes de la filosofía* (pp. 347-372). Madrid: Cátedra.
- Foucault, M. (2010). Las mallas del poder. *Obras esenciales* (pp. 889-905). Madrid: Paidós.
- Foucault, M. (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. Ciudad de México: FCE.
- Foucault, M. (2014). *Seguridad, territorio, población*. Ciudad de México: FCE.
- Grau, R. (2009). Un sansimoniano para la Barcelona decimonónica. *Metrópolis. Revista de información y pensamiento urbanos*, 76, pp. 49-53.
- Gravagnuolo, B. (2009). *Historia del urbanismo en Europa. 1750-1960*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Heidegger, M (1999). *El ser y el tiempo*. Ciudad de México: FCE.
- Kant, I. (2009). *Critica de la razón pura*. Ciudad de México: FCE.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Massey, D. (2001). *Space, place and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Nietzsche, F. (2003). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- Quijano, D. (2011). Causas y consecuencias de Los Grand Travaux de Haussmann en París. *Clío, History and history teaching*, 37, pp. 1-12.
- Winn, C. (2007). *I never knew that about London*. Gran Bretaña: Ebury Press.